

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

COLECCION DE LEYENDAS BIOGRAFICAS

ESCRITA

POR LA SEÑORA

D.^a María del Pilar Stuñes de Marco.

Leyenda segunda.

(CONTINUACION).

Eran dos niños que pasaban los días jugando entre el estruendo de la guerra.

María era una criatura maravillosa: "unia—dicen los biógrafos—á la mas rara hermosura el mas claro talento y el juicio mas sólido y perfecto.—Era espléndida en todo, benéfica, risueña y amable."

Su esposo era su verdadera antítesis: falso y desconfiado, era tan inconstante como cruel: y aquel príncipe que no poseía virtud alguna no era capaz tampoco de apreciar las de su esposa.

Dos meses despues de tenerla á su lado, le rogó se volviese á París; pero María, con una prudencia muy superior á su tierna edad, le hizo ver los inconvenientes de tal medida y le suplicó con entereza que, ya que no por amor, al menos por decoro la dejase á su lado.

El delfin, á pesar de su carácter poco noble, se sonrojó ante el digno razonamiento de su esposa y consintió en que permaneciese con él; pero pronto le dió á probar los mas amargos sinsabores galanteando, no solo á todas las damas de la nobleza, si no tambien á todas las villanas de alguna hermosura.

María no se quejó: antes bien, aparentó ignorarlo todo: pasaba el tiempo socorriendo á los menesterosos ú ocupándose en las labores de su sexo á que era en extremo aficionada.

Cuatro años despues de su casamiento, dió á luz á su primer hijo que fué el avaro, cruel y sanguinario Luis XI y solo Dios puede explicar como en el seno de tan santa y dulce madre halló vida semejante monstruo de hipocresía.

Durante diez años, siguió María la vida aventurera de su esposo: en Bourges, y á principios del

año de 1422 dió á luz á su primogénito y luego tuvo once hijos mas, de los cuales algunos fueron presa de la saña de su hermano mayor y otros ocuparon los tronos de diversas naciones.

Cuando Juana d'Arc salió para ir á auxiliar al delfin, hallábase este con la delfina, sus hijos y su corte en Chinon.

Tenia entonces Cárlos VII unos veinte y seis años: veinte y cuatro su esposa y seis el príncipe Luís, su hijo mayor.

Juana atravesó con su pequeña comitiva un espacio de ciento cincuenta leguas: *durante tan largo viaje,—dice un historiador—asistia siempre que le era posible á oír misa, distribuyendo además muchas limosnas.*

Juana entró en Chinon por la tarde y al tiempo mismo que el delfin sostenia con su esposa una acalorada disputa.

Cárlos VII, cansado ya de luchar con el destino, habia decidido retirarse al delfinado, única parte de la Francia que se le conservaba adicta y así lo participó á su esposa, añadiendo que se ocupase de los preparativos del viaje.

El carmin de la vergüenza vistió el hermoso rostro de María al oír aquella órden vergonzosa.

—Y qué, señor! exclamó: ¿abandonareis así á los ingleses el trono de vuestro padre, que es la herencia de vuestros hijos? ¿Y pensais acaso que estareis por mucho tiempo seguro en el delfinado?

—¿Pero qué quereis que haga, señora, repuso el rey con acritud.

—Qué! ¡Combatir mientras tengais un solo soldado! No comprendo, señor, un rey sin trono y sin corona! A los demás mortales les queda, sean cualesquiera sus desgracias, el título de hombres: el rey destronado es un ser que no pertenece á ninguna raza humana y que es mirado con razon como un miserable paria.

Cárlos iba á contestar con mucha amargura sin duda, cuando un heraldo pidió su vénia para introducir á un mensajero del gobernador del Vaucouleurs: y mas bien para librarse de las justas objeciones de la delfina, que por otra causa, mandó que compareciese ante él.

El mensajero, que era uno de los caballeros que acompañaban á Juana, presentó al delfin la carta de Beaudricourt, en la cual le decia que le enviaba

á aquella mujer extraordinaria, por si, como ella aseguraba, podia socorrerle.

Cárlos despidió al mensajero diciéndole que ya daria su respuesta y quedó pensativo.

—Por qué dudais, señor? le dijo la delfina: recibid á esa jóven.

—Bah, señora! Estais loca! repuso con desden el delfin: ¿pensais acaso?..

—Pienso, señor, que estamos perdidos; respondió María moviendo su hermosa cabeza, y que no debeis desechar ningun recurso, por débil que os parezca; y pienso además que, al menos para recompensar el celo del leal Beaudricourt, debeis recibir á esa mujer.

Cárlos no hizo caso, segun su costumbre, del dictámen de su esposa: convocó su consejo; y fué tal su irresolucion, á pesar de ser la opinion general que debia ser recibida la jóven guerrera, que le tuvo reunido dos dias con sus noches sin dar respuesta alguna.

Decidióse por fin, á admitirla á su presencia y al momento se pasó aviso á Juana, quien respondió que seguia los pasos del enviado del delfin.

VIII.

La curiosidad fué lo que movió principalmente tanto á Cárlos como á los consejeros á que Juana fuese recibida.

—Monseñor, dijo uno de ellos al delfin: si me atreviese daria un consejo á V. A.

—Habla, contestó el delfin.

—¿No parece á V. A. un excelente medio de probar el don de adivinar de esa jóven el quitarse V. A. su traje y sus insignias y ponerse otro mas modesto?

—Si, por cierto; contestó Cárlos, y lo voy á hacer.

Y esto diciendo entró en su cámara en la cual trocó su trage de terciopelo celeste, guarnecido de martas, por una túnica de terciopelo rojo y una cadena de oro, que era el traje de sus consejeros.

Apenas acababa de salir y de confundirse entre los cortesanos, apareció Juana.

Las fatigas del viage habian vestido el semblante de la pastora de una suave palidez y hacian parecer de un negro mas hermoso sus grandes ojos y los espesos rizos de su soberbia caballera.

Quedóse á la puerta del salon su pequeña comitiva y Juana se adelantó sola con marcial y gracioso continente yendo á arrodillarse, sin titubear, á los piés de Cárlos VII.

—Mirad, niña, que os equivocais; le dijo un anciano consejero para hacer aun mas eficaz la prueba á que querian sugetarla: ese no es el delfin:

Juana nada contestó; é hizo como sino hubiera oido esta observacion: elevó sus rasgados ojos hasta el semblante de Cárlos VII y le dijo con voz clara y dulce estas palabras que nos ha transmitido la historia.

—Monseñor, yo soy Juana d'Arc y el Rey del cielo me envia en vuestro socorro.

—Dónde me has visto? preguntó Cárlos que de-

voraba con los ojos las perfecciones de la bella guerrera y conociendo que era ya inútil el disimulo.

—En ninguna parte, monseñor, contestó la doncella; es decir, añadió como rectificando sus palabras, no os he visto en ninguna parte de la tierra.

—En dónde, pues?

—Solo en mis sueños.

—Tal como soy?

—No, monseñor; respondió Juana con una nobleza y sinceridad que llenaron de pasmo á todos los circunstantes: no, prosiguió: ví en sueños la bella figura de V. A. con sus ojos azules y su cabellera rubia; pero la ví mejor de lo que es.

—Qué dices?

—Digo que el delfin, que yo ví en mis sueños, tenia mas noble la frente y mas valerosa la mirada, y que temo que el delfin, que ahora veo, se desanime con los obstáculos, ó mejor dicho, que esté desanimado ya; pero, no obstante, si os dignais darme gente de guera, por la gracia divina y á fuerza de armas, yo haré levantar el sitio de Orleans y os conduciré á Reims para ungiros, á pesar de todos vuestros enemigos.

La alegría centelleó en los ojos de Cárlos VII: para aquel príncipe débil, supersticioso é indolente, cualquier socorro era un acontecimiento feliz: no obstante, disimuló su regocijo bajo un aspecto glacial y dijo á Juana con acritud:

—Jóven, ante todo, habrás de someterte á ser examinada por cuatro prelados, pues los príncipes y valerosos capitanes, que me son adictos, no querrán seguir ni obedecer á una villana como tú, si, como pretendes, no te asiste algun don sobrenatural.

—Haré cuanto sea del agrado de V. A. monseñor; respondió la doncella con humildad: en cuanto á lo que he dicho á V. A. lo he hecho por orden del Rey del cielo, cuya voluntad es que los ingleses se retiren á su pais, y os dejen pacíficamente en vuestro reino, como su verdadero, único y legítimo heredero que sois.

—Y nada mas tienes que decirme?

—Una sola cosa, monseñor.

—Habla.

—Aun os tengo que decir que, si ofreceis á Dios el reino que vais á recobrar, le conservareis mucho mas grande y floreciente que todos vuestros predecesores.

—Basta! dijo ásperamente el delfin que habia consentido en que la doncella estuviese hablándole de rodillas: ¡basta! levántate y vete!

Y, volviéndose al concurso, añadió:

—¡Para dentro de dos horas un concilio de cuatro prelados y cuatro doctores que examinen si esa villana es efectivamente una enviada del cielo!

Dicho esto, se volvió á su cámara.

Juana iba á salir tambien del salon; pero se la mandó detener con guardias de vista.

Dos horas despues se reunió el concilio en el mismo salon donde se hallaba Juana: la delfina María obtuvo permiso para asistir á él; y despues de siete horas de un interrogatorio, tan vergonzoso para la pobre Juana como doloroso para la delfina,

aquella fué declarada dotada de una instruccion muy superior á su estado y nacimiento, y sobre todo, iluminada por la inspiracion divina.

IX.

No acabaron aun con el concilio las dudas de los cortesanos del delfin ni los padecimientos de Juana.

El parlamento de Poitiers persuadió al débil Carlos VII de que debia enviarle á la doncella para examinarla á su vez, y el delfin la mandó partir sin detencion alguna para aquella ciudad.

Obedeció Juana y salió de Chinon acompañada de sus dos hermanos que, menos fuertes que ella, montaban en cólera á cada una de estas humillaciones.

Pero la jóven los consolaba y, cuando los veia calmados, les rogaba que tuviesen paciencia por su amor.

Reunióse el parlamento para recibirla, y el presidente le ordenó con voz grave que se acercase al estrado que ocupaba.

—Jóven, le dijo: te hemos llamado conociendo que has conseguido alucinar al delfin con tu astucia, y te mandamos que des algun valor á tus revelaciones haciendo algun milagro.

—Señor, respondió Juana: yo no soy una santa; soy, por el contrario, una criatura pecadora, y, por lo tanto, no tengo el poder de hacer milagros: disponed que me conduzcan á Orleans y allí daré señales indudables de mi mision.

—Pero, niña, ¿ignoras que Dios puede salvar á la Francia sin emplear el ejército? dijo el presidente.

—No, señor, contestó la doncella alzando al cielo sus aterciopelados ojos: no, señor. Sé que Dios es todopoderoso y que para nada necesita de los débiles mortales; mas sin embargo, *las gentes de armas combatirán en mi Dios, y el Señor dará la victoria.*

Al pronunciar Juana estas palabras de la Escritura, un rayo de luz divina brotó de sus ojos, y una sonrisa celestial entreabrió sus labios.

El parlamento se levantó en masa; y, sin mas dudas ya, el presidente escribió al delfin que viniese sin tardanza á Poitiers para despachar á la pastora, pues era cierto que estaba encargada de una mision divina.

Tal creencia no era extraña en aquellos tiempos supersticiosos y casi bárbaros. Juana misma y, como ella, cuantos la rodeaban, tomaban la luz de su fé por revelaciones del cielo, y fué inmenso el entusiasmo que despertó cuando se convencieron de que efectivamente estaba iluminada por Dios.

Llegó el delfin á toda prisa acompañado de todos los caballeros que aún le eran adictos; é inmediatamente mandó que se preparase la comitiva que debia acompañar á Juana.

Cuando todo estuvo dispuesto, el delfin mismo le presentó una rica espada.

—Tomad, Juana, le dijo; y ¡ojalá que Dios la bendiga para que podais contribuir con ella á la salvacion de la Francia!

—Monseñor, respondió la doncella, acepto la espada que me ofrece el rey de Francia, pero no puedo combatir con ella; para este uso mandadme traer otra que está en un sepulcro, situado detrás del altar mayor de Santa Catalina de Fierbois.

Cárlos dejó escapar un grito de asombro. Santa Catalina es un pueblecillo inmediato á Tours, y nadie mas que él sabia que detrás del altar mayor de la iglesia estaba enterrado un caballero, leal servidor de su padre, y mandado asesinar por el duro y feroz Juan de Borgoña.

El señor de Lore marchó en seguida á traer la espada del difunto Messire Enguerrand de Troilles: acompañábale un capellan y pronto volvieron ámbos con el sagrado depósito.

La espada tenia grabadas en la hoja una cruz y tres flores de lis: el puño estaba cuajado de pedrería.

Cárlos VII ciñó la espada por su mano á la doncella que partió al instante para Blois, acompañada de los señores de Retz y de Lore, de muchos escuderos y pajes para su servicio, y de algunas tropas disponibles que guarnecian á Poitiers.

Sus hermanos no se separaban de ella.

El castillo real de Blois se abrió para acoger bajo sus muros á la hermosa pastora y á toda su comitiva, y se pregonó á son de trompetas que era la enviada de Carlos VII, y que todos los habitantes de la ciudad debian rendirle auxilio y vasallaje para llevar á cabo su heroica empresa.

No bien se hubo instalado Juana en el castillo, envió un heraldo al rey de Inglaterra con una carta dictada por ella misma y en la cual le intimaba, *en nombre del Rey del cielo*, que levantase el sitio de Orleans y que devolviese al delfin Carlos las ciudades que habia tomado, ofreciéndole la paz bajo estas condiciones.

Pero en vano se esperó al heraldo con la respuesta: el rey de Inglaterra y su tio el duque de Bedford se rieron del mensaje: mandaron prender al mensajero y, cargándole de cadenas, le hicieron sepultar en una prision.

X.

Era una fria y nebulosa mañana de Otoño.

Juana vestida con una bata de terciopelo liso, se hallaba en su cámara hablando con su hermano Nicolás, que llevaba su trage de soldado y miraba á la doncella con tristeza.

—Puesto que te empeñas en saber mi secreto, Nicolás, dijo Juana con acento conmovido y melancólico, te lo revelaré: mi corazon se aliviará quizá del peso que le oprime cuando le haya depositado en el tuyo.

—Habla, contestó Nicolás; y cree que para que tu secreto salga de mi corazon tendrian que abrir-melo primero.

—Pues bien, hermano mio, repuso Juana bajando la voz y los ojos; yo amaba al delfin!

—Qué dices! exclamó con terror el soldado: amar tú al delfin!... ¿No sabes que es tu soberano y además que es el esposo de otra?

—Lo sé, contestó Juana; pero repara en que he dicho que le amaba, y ahora debo añadir que ya no le amo.

—Pero....

—Yo ví un retrato de Cárlos VII! prosiguió Juana como hablando consigo misma: una viajera que cruzó por el bosque un dia que estaba yo guardando mis cabras, le dejó caer: mira!

Y Juana al decir estas palabras, sacó de su pecho un medallon guarnecido de perlas y diamantes.

Representaba al delfin; pero no al delfin que habia visto Juana con sus ojos, apagados por las orgías, con su ya arrugada frente y con su sonrisa helada y cruel, no: el rico medallon encerraba una figura encantadora: un semblante varonil y expresivo, iluminado por dos grandes y abillantados ojos azules, y por una sonrisa franca y expresiva á la par.

En suma, habia retratado al príncipe un pintor que le habia visto cuando era hermoso, y le habia retratado además para una de sus mancebas.

En nada se parecia aquel delicioso busto vestido de terciopelo negro que hacia un delicioso contraste con los gruesos bucles de su hermosa cabellera, al enfermizo, débil y prosáico esposo de la bella, de la dulce y virtuosa María de Anjou.

—La viajera era hermosa, muy hermosa! prosiguió Juana: montaba un blanco palafren, quizá para gozar de aquel risueño dia, y detrás la seguian algunos criados conduciendo una litera: cuando, despues de haber pasado la comitiva, ví brillar sobre la yerba este medallon, corrí en vano para alcanzar á la bella dama y poder devolvérselo; ya no los distinguia mas que como unos puntos lejanos que se perdian en el horizonte y me resolví á guardarle.

—¿Y cómo no nos dijiste nada en casa? preguntó el soldado severamente; tú, tan ingénuo, tan sincero, tan inocente, ¿por qué callaste á nuestros padres ese extraño hallazgo?

—¿Lo sé yo acaso, hermano? repuso Juana con tristeza. Dios, que dispone del destino de todas sus criaturas, dispuso que el mio me impeliese á amar á mi soberano: pero su diestra ha sostenido mi razon y me ha hecho conocer quien es el hombre á quien, sin conocerle, habia consagrado todos los latidos de mi corazon.

Durante siete meses, prosiguió Juana, he estado mirando este retrato á todas horas; y cuando oia contar las desgracias de este príncipe; cuando me decian que iba perdiendo palmo á palmo el reino de su padre, que todos le abandonaban, que las ciudades se cerraban á su paso, mi corazon se destrozaba y ardia en sed de conquistarle otra vez ese reino que Dios le ha dado y esa corona que aún no han ceñido sus sienas.

—Oh! exclamó Nicolás, cuyos grandes ojos pardos despidieron una lágrima que hacia algunos minutos temblaba en sus pestañas y que fué á perderse en la rizada espesura de su negra barba. Oh, hermana! tus éxtasis, tus visiones, que hasta nuestros viejos padres creian avisos del cielo, ¿no eran

mas que las culpables exaltaciones de tu amor?

—Quizá tengas razon, Nicolás, repuso la doncella dejando caer los brazos con un abatimiento tan doloroso, que su hermano olvidó la severidad para dar lugar á la compasion: sí, continuó Juana: en un principio fué solo el amor lo que exaltó mi fantasía; luego empecé á odiar á los ingleses, como á usurpadores y enemigos de mi patria; y ahora, que mi amor ha muerto, queda vivo é inextinguible mi deseo de salvar á la Francia.

—¿Me dices la verdad, Juana? exclamó el soldado tomando las manos de la jóven que estrechó con fuerza entre las suyas: ¿ha muerto ya ese funesto amor en tu corazon? Ah! dime que sí! porque amar á los reyes es una ofensa mortal que se les hace, á no ser que el hombre, á quien llaman rey, tenga el corazon mas noble y mas grande que su corona misma!

—Te digo la verdad, hermano: mi amor no existe ya, ó si existe, es solamente como el recuerdo hermoso de un sueño lejano: guarda ese medallon, continuó la jóven; ya no le necesito: el delfin Cárlos ha muerto para mí, y yo no puedo amar al rey Cárlos VII.

—Gracias, hermana, dijo el soldado sin ver dos gruesas lágrimas que se deslizaban por las mejillas de Juana y que ella se apresuró á enjugar.

—Hablemos de la guerra, repuso la doncella, despues de seguir con ávida mirada los movimientos de su hermano que guardó el medallon bajo su cota de malla: hablemos de la guerra, Nicolás, que es lo que mas debe interesarnos: ¿cuándo estará pronto ese gran convoy que sale para Orleans y que debe llevar víveres á los pobres sitiados?

—Dentro de dos dias, respondió Nicolás.

—Bien está; nosotros le escoltaremos.

—Nosotros?

—Sí: ¿no tenemos ya un ejército de diez mil hombres que nos es adicto?

—Es verdad: esas son las fuerzas que se nos han reunido en el corto término de algunos dias.

—Dios proteja á la Francia! ¿No ves además cómo todos los sacerdotes de la ciudad se han agrupado en torno nuestro? Corre, prosiguió Juana levantándose y tomando las manos del soldado; corre, Nicolás; dí que para dentro de dos dias estén preparados todos esos ministros del Señor: formarán un batallon sagrado; llevarán al frente una bandera que ostente el signo de nuestra redencion, y partiremos á Orleans.

XI.

Eran las diez de la mañana y un hermoso y radiante sol iluminaba las calles de Orleans y sus habitantes, todos vestidos de fiesta, á pesar del hambre y los padecimientos que revelaban sus semblantes.

La gente discurría agitándose por todos los ángulos de la ciudad.

—Ah, pícaros ingleses! decia en una de las mas populosas calles un anciano de cabellos blancos, rodeado de un grupo de mercaderes: ¡ah, malditos!

Ahora vereis si no admitís mas condiciones que la de rendirnos á discrecion!

—Cuando pienso, añadió otro, que hemos pasado por la vergüenza de pedirles una capitulacion honrosa y que no han querido aceptarla!...

—Oh! Pero ahora viene Juana, ese ángel del cielo á quien bien podemos decir que se debe únicamente la salvacion de la Francia!

—Quereis creer una cosa? añadió un tercero cuya espantosa palidez casi asustaba.

—Qué?

—Que tengo mucha hambre; que mi mujer y mis hijos la tienen tambien; pero que mas deseo ver á la doncella que al convoy que conduce.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo tambien!

—Callad! exclamó el anciano ¿no ois ruido hácia la plaza mayor?

—Sí, sí! Y gritos! El pueblo se agita.

—Se oyen trompas!

—Y relinchos de caballos!

—Corramos! La doncella debe estar entrando en la ciudad!

El grupo de mercaderes echó á correr hácia la plaza mayor á donde le seguiremos nosotros para presenciar la triunfal entrada de Juana.

Cuando los mercaderes llegaron, aun no se veía en la plaza mas que el pueblo que corria alborozado tirando al aire sus sombreros y victoreando á la *doncella de Orleans*—así llamaban á Juana para darle esta tierna y espresiva muestra de su cariño.

Poco tardaron en apercibirse las banderas del ejército real y al instante empezó á verse la comitiva.

Marchaba delante el batallon sagrado, revestido con sus hábitos negros: uno de los sacerdotes, colocado á la cabeza, llevaba una bandera en la cual campeaba la imágen de Jesus crucificado.

Los ministros del Señor entonaban un cántico de alabanzas que el pueblo repetía entre lágrimas y gritos de entusiasmo.

Seguia luego Juana: vestía una rica armadura y agitaba en el aire su blanco oriflama con el glorioso lema. *Por Dios! Por la Francia! Por Carlos VII!*

Juana montaba un hermoso caballo blanco; su semblante retrataba el mayor entusiasmo y sus ojos estaban bañados de lágrimas.

A sus lados marchaban sus dos hermanos, escolta sagrada y natural que nadie habia intentado quitarle.

Los dos jóvenes vestían las armaduras de hierro de simples soldados y montaban fuertes caballos de batalla.

Detrás de Juana y de sus hermanos Nicolás y Gaspar, iban el magnánimo conde Dunois y muchos nobles señores y prelados de Francia, que componían la ya numerosa y brillante corte de la doncella: todos montaban soberbios caballos é iban rodeados de una nube de pajes y escuderos.

Seguían luego los carros del convoy, que eran diez, cargados de pan y víveres para la desgraciada

y heroica ciudad y de armas para su defensa, pues la extraordinaria prudencia de Juana hacia de ella el mas aventajado y humano general.

El convoy iba custodiado por gran número de soldados, que llevaban al frente la bandera de Francia con las tres lises de oro, como significando que aquel socorro solo al Delfin se debía.

Sin embargo, el indolente y cruel hijo de Carlos VI nada sabia de aquello, ni pensaba siquiera en su buena y fiel ciudad de Orleans.

Un ejército de diez mil hombres cerraba la marcha.

—Viva Juana! viva la doncella! gritó el pueblo con frenesí.

—Viva Carlos VII! gritó la heroína desenvainando la espada y haciéndola centellear en el aire.

—Viva! contestó el pueblo que tenia necesidad de aclamar á alguno.

¿Consentís, señora, en alojaros en mi casa? preguntó á Juana el tesorero del Duque de Orleans que formaba parte de su comitiva.

—Sí, señor; respondió la doncella, á condicion de que vuestra señoría ha de concederme dos cosas.

—Mandad.

—Es la una que me trateis con toda llaneza, porque no soy mas que una pobre pastora: y la otra que mis hermanos ocupen una habitacion próxima á la mia.

El tesorero se inclinó y dió orden de guiar hácia su casa.

Juana no quiso apearse sin ir antes á la iglesia para hacer oracion.

Cuando volvió á su alojamiento, seguida de su corte, de los gefes del ejército y del pueblo, se volvió hácia el conde de Dunois, que acudió á su mirada.

—¡Ese mensaje, por Dios, señor conde! exclamó: ¡envíelo mañana vuestra señoría, porque Orleans es ahora la puerta de la Francia, cuyas llaves tenemos!

—Al alba partirá; contestó el conde inclinándose profundamente.

XII.

Al dia siguiente de la entrada de Juana en Orleans salió el mensajero de que habia hablado al conde de Dunois.

Iba al campo inglés de parte de la doncella y pedía la libertad del heraldo que habia enviado poco antes y que habian hecho prisionero.

Además de esta comision, llevaba una carta del conde de Dunois para el duque de Bedford en la cual le decia que, en caso de negativa á la anterior demanda, haría morir á los oficiales ingleses que tenia en su poder y que le habian enviado para tratar con él acerca del cange de prisioneros.

Algunos dias despues, volvió el mensajero acompañado, en efecto, del heraldo: pero éste, era portador de una carta para Juana, que contenía las mas groseras injurias.

La generosa doncella guardó esta carta sin dar parte á nadie de su contenido: pero sus hermanos, al verla afligida, la instaron tanto que le arranca-

ron el secreto y aun la carta que llevaron al instante á Dunois.

Indignado éste resolvió atacar á los ingleses al siguiente dia: Juana, siempre dulce y benigna, subió á una eminencia y envió una carta al Duque de Bedford en la punta de una flecha, cuya carta empezaba con estas palabras:

— "Yo os remitiría mis cartas con mas cortesía á no ser por el temor de que detuviérais y maltratárais á mis heraldos."

La contestacion á esta carta fué tal cúmulo de injurias y amenazas que Juana bajó anegada en lágrimas y ya no se opuso al ataque que estaba organizándose con la mayor actividad y que tuvo lugar á la mañana siguiente.

Juana combatió en él como el mas valeroso de los soldados é igualmente en los tres que se siguieron en los cuatro primeros dias del mes de Mayo y que hizo dueña á la Francia de tres fuertes de los ingleses.

Solo quedaba ya por aquel lado un fuerte y un baluarte en poder del enemigo.

Sin embargo, numerosos soldados defendian un puente de mucha importancia porque aquel fuerte, llamado de las Torrecillas, estaba á la entrada de él.

Juana pasó la noche del cinco de Mayo al freno de sus tropas, y al amanecer hizo arrimar las escalas para dar el asalto.

Siete horas duraba el ataque tan encarnizado por una parte como por otra.

De súbito se oyó un grito penetrante: la heroína acababa de caer herida en la garganta por una flecha.

A pesar de todo su valor, era mujer y no pudo dominar la primera impresion del sufrimiento físico.

Juana fué conducida por sus hermanos á su tienda y se empezó la cura.

Casi todos los jefes de su partido rodeaban su lecho de campaña; tanto era el interés que su vida inspiraba.

—¿Es peligrosa la herida? preguntó el conde Dunois á uno de los médicos que se ocupaban en curar á Juana.

—Mucho, señor conde; contestó el interpelado: es casi mortal; la flecha ha penetrado profundamente y hasta que no se extraiga no podemos dar ninguna esperanza.

En aquel momento otro grito agudo y doloroso se escapó de la boca de Juana que, lívida y con los ojos cerrados, parecia próxima á dar el último suspiro.

Pero á este grito desgarrador siguió otro de inmenso júbilo lanzado por veinte bocas á la vez.

El médico que operaba tenia en la mano la flecha, extraida ya de la garganta de la jóven.

El médico vendó la herida; pero aun no habia acabado de asegurar las ligaduras cuando se oyó en el campo y casi á la puerta de la tienda un gran estruendo y muchas voces que gritaban con enojo.

—Cobardes! exclamó una mas fuerte que las otras y que todos reconocieron por la de uno de los capitanes: ¡Cobardes! ¡Se retiran!... huyen!... El que

pase junto á mí le atravieso con mi espada!... Infames!... Así mirais por el honor de la Francia!

—¿Qué es eso?... murmuró Juana sentándose despavorida en el lecho: ¡qué oigo!... ¿Que huyen?... ¿Que se retiran?... ¡Dejadme salir!...

Al pronunciar estas palabras, saltó del lecho al suelo y ajustó las hebillas de su coraza que aun no se habia quitado.

—Hermana, es imposible que salgas así, dijo Nicolás con autoridad; estás muy débil... tu herida es muy grave...

—¡Calla y sígueme!... exclamó Juana en cuyos negros y rasgados ojos ardia el entusiasmo.

Y tomando de un rincon de la tienda su blanco estandarte añadió:

—¡Al combate, señores! ¡La Francia nos llama!

Lanzóse, dicho esto, fuera de la tienda y todos la siguieron con las espadas desnudas.

Juana montó á caballo y llegó á galope al pié del fuerte.

Silbaban en sus oidos las balas y las flechas: cien espadas se asestaban contra su pecho; pero la suya la abria paso y, cuando no bastaba, las de los caballeros que la seguian venian en su ayuda.

Llegó por fin al pié de las Torrecillas y clavó allí su estandarte con mano segura.

Un inmenso clamoreo de júbilo contestó á este heroico arrojo: las tropas francesas sienten reanimado su entusiasmo y se arrojan sobre el enemigo, que, hora y media despues de haber acudido Juana, desalojó el puente y el fuerte de las Torrecillas.

Juana pasó el puente seguida de una parte de su ejército al son de las campanas de Orleans y entre el ruido de universales y entusiastas aclamaciones: al amanecer del siguiente dia se adelantó el campamento francés con sus tiendas y sus víveres; dejando en pos todo el terreno conquistado.

Desde aquel dia memorable, Carlos VII fué verdaderamente rey de Francia: la herida, que Juana recibió en la garganta, fué la puerta por donde los ingleses abandonaron el reino de San Luis.

(Se continuará.)

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Gula Templanza.

Dedicada al Excmo. Sr. D. Fernando Rubin de Celis.

QUINTA PARTE.

(CONCLUSION.)

—Prima, exclamó sentándose en un escabelillo á los piés de la Mariscala, á la que su camarera estaba batiendo los bucles á lo Luisa Gabriela de

Saboya. ¡Prima! ¡cuánto por la noticia? ¡esta sí que es gorda! ¡esta sí que es gorda! que venga Rodrigo, que venga Rodrigo!

—Pero ¿qué sucede? preguntó la Mariscala picada ya por su punzante curiosidad.

—Eso no lo diré hasta que esté aquí el de los manteos de seda, que es el que yo busco... ¡já! ¡já! ¡já! y qué pronto vengo á reclamarte la palabra! Rodrigo, corre, corre!

Y Rodrigo, casi asustado por aquel clamoreo, vino corriendo envuelto tan solo en su ligero sotanillo, y dejando flotar al aire sus hermosos cabellos rizados.

—¿Estais todos juntos? preguntó la Mayorazga parodiando uno de los cuentos mas tontos que se hayan inventado jamás.

—¡Sí, ángel divino! respondió magistralmente la Mariscala siguiendo la tontura.

—„Pues cien reales me costó el pollino,“ exclamó la imbécil Mayorazga de Peran, arrematando el cuento y echándose á reir á carcajadas.

—¿Pero prima, sabremos al fin de qué se trata? dijo casi picada la Mariscala.

—¡Ay Escolástica de mi alma! si no lo puedo decir de risa; (y se ponía los puños en las caderas apretándose los hijares) Rodrigo, Rodrigo! bien te decia yo que luego te cojería por la palabra!

Rodrigo prevaliéndose de la confianza que tenia con la Mayorazga, le arrancó las cartas, y se puso á abrirlas con la mayor curiosidad.

Aguárdate, hijo mio, aguárdate por Dios, que ya voy á contaros el cuento, porque si las lees antes, maldita la gracia tiene lo sucedido.

Pues señor, como iba diciendo, Guillermo que es el mismísimo demonio, ya sabes que sacó á luz ayer noche el cuento de Simon el Leproso, tan solo porque el caballero oficial supiese la procedencia de la pobre Rosarito; pues bien, así como era de esperar, que la Rosarito se quedase cortada y avergonzada, ella que por la cuenta no es muy aprensiva, tomó la ocurrencia en otro sentido, se le levantaron los cascos con aquello de la Reina de Francia, y llevó su atrevimiento hasta escribir al oficial haciéndole proposiciones de casamiento.

Fílida por su parte aprovechándose de aquella circunstancia, y creyendo que el oficial no volvería ya á pensar en la viuda de un leproso, le escribió tambien por su parte explicándole las ventajas que encontraría tomándola por esposa, y siendo Ramona de Bras, la encargada de presentar las cartas al oficial, en el mismo plato del chocolate.

Pero aquel desayuno no debió ser del gusto del oficial, pues apenas habia concluido de leer las cartas, se vistió apresuradamente, pagó su hospedaje, y ensillando el caballo él mismo, tomó el camino de Oviedo sin despedirse de alma nacida.

Ramona de Bras que vió que el huésped se habia dejado las cartas en la mesa las leyó, se rió á sus anchas con las vecinas y cuando vió á mi criada que pasaba á la compra, se las echó en el cesto diciendo: „Anda y lleva esas cartas á mi Señora, para que se ria un poco, que esa es fresca y gorda“..... Ya ves, prima, como Ramona ha si-

do criada de un hermano del marido de mi sobrina, me tiene mucha ley y..... pero Rodrigo, tú eres el que vas á leernos esas cartas que valen un tesoro..... vamos, la de Rosarito la primera.

—Sí, sí, dijo el abate, la de Rosarito la primera como la mas inocente, tia.

Y tomando una actitud cómico-dramática, leyó con voz clara é inteligible.

„CaBallero: si es V. caBallero deberá Tenera bido lo que a dicho anoche Philida, de que Todo un rey de Francia se casó con la Biuda de un leproso, y quella murió ReiNa, que Fué Madama de Mentenote, muger de San Luis. Por lo tanto y en contrando Me limpia como una patena, le propongo si quiere casarse commigo que Bien seyó que Todas las ventagas son para V. Yo Tengo mi casa porpia como V. sabe muy Bien; casa con coral y Teanada (1) amueglada á lo antiguo pero muy bien; la cama de mi diFunto con Tres colChones, y manta y sobrecama, con el item de que ya sabe V. que Tengo un Guerto que para Galinas no hay mas que pedir y con una cerezal á una esquina que dió el año pasado cinco cerezas yeso que no era año. Además sabe V. que Tengo Tres riales de viudedad, y si el consorcio le Tenemos secreto por algun Tiempo, podemos seguir coBrandó mis Tres riales, aunque hablen malas lenguas, con lo que suMando Todo cuanto me pertenece, ascenderá á unos cinco riales y seis maravedises diarios de Todos los Dias.

„Por esto y por el amor que le ProFeso, le suplico se honre en acetar la mano y el CoRazon de su Vítima.

Rosarito Bermeces.„

Estupefactos se quedaron el Abate y su señora tia, al oír la desdichada carta de la imbécil Rosarito y tal fué la compasion que les inspiró la crasa ignorancia y el atrevimiento de aquella criatura, que ahogó en ellos todo sentimiento de hilaridad con gran admiracion de la Mayorazga que estaba aguardando la obligada explosion de risa para co-rearla.

—Ahora la de Fílida, dijo tranquilamente la Mariscala.

—Pues hija, respondió la de Peran, si hubiera sabido que tan sérios os habiais de quedar, yo te aseguro que no soy yo quien hubiera venido con ese sol, y atormentada de los callos pié entre pié, atravesando esas calles de Dios á media mañana como un pendon... por eso dicen „vivir para ver.“

Y la Mayorazga picada empezó á colocarse el manto sobre la cabeza.

—Vamos, prima, dijo la Mariscala obligándola á sentarse de nuevo; leamos la de Fílida para compararlas, que yo te aseguro que luego les hemos de cortar un sayo mas largo que el que arrastran los señores canónigos de la catedral de Oviedo.

La Mayorazga se sentó, y Rodrigo volvió á leer en alta voz:

(1) Tenada, desvan para meter paja.

"Caballero oficial: creo que despues de la infeliz y sulfúrea aclaracion de ser la desgraciada Rosarito viuda de un leproso, habrá V. renunciado á toda idea nupcial respecto á ella, porque si bien el gran rey de Francia Luis XIV se casó con madama de Maintenon, es preciso que V. sepa que ese gran rey no cohabitó con ella jamás, siendo aquel un matrimonio puramente espiritual. Y como debo creer que si V. se casa es para vivir en union con su elegida segun lo manda el santo concilio de Trento, he tenido el atrevimiento de buscar para V. una esposa leal, amante, cariñosa, elevada, benéfica, hermosa de alma, que es la verdadera hermosura, de estatura gallarda y varonil.

"La mujer fuerte de que nos habla la Escritura, caballero oficial.

"Ésta esposa no posee bienes de fortuna, porque los grandes genios han sido pobres; pero posee en cambio la riqueza del talento, y con ella puede V. subir hasta el empináculo del poder y de la gloria.

"Aparte de las labores de su sexo, que no ha descuidado nunca esta jóven, á la que pudiéramos llamar la *Décima Musa*, conoce la retórica, la poética, la metafísica, y sobre todo, el arte de amar de *Ovidio*. Como *Ovidio* en el Ponto, esta alma escogida, canta en Candás sus penas y sus alegrías durante la noche, porque la décima musa duerme muy poco. Siempre inspirada se levanta de su lecho, se coloca sobre una trípode, y demandando fuego al oráculo de Delfos, improvisa tercetos, madrigales, y hasta tragedias enteras, que serán un dia el asombro de la posteridad. Ah! cuán feliz será V., caballero oficial, si tiene la felicidad de unirse á ella á lazos indisolubles! Ese amor sulfúreo, volcánico, devorador, que viéndose aherrojado se ha exhalado en treinta y siete tragedias y ochocientos madrigales, ese amor se desbordará como un torrente, é inundará el corazon de V., caballero oficial, abrasándole con su llama!

"Qué felicidad! qué cúmulo de dichas encontrarse dia y noche al lado de una mujer que

En verso escribe las cartas,
En verso juega á los naipes,
Y hasta de la lavandera
La lista es de octavas reales.

"Ah! no desdeñe V. esa inmensa felicidad que le he procurado! Acéptela V. como un tesoro que el cielo le tenia reservado, y prepárese V. á pasar en el paraiso los años que le quedan de vida.....

"El incógnito me ahoga, me mata.... esa décima musa, esa mujer fuerte, ese ángel que tenia reservado el cielo.... soy yo, caballero oficial; yo, que dando por fin rienda suelta al fuego sagrado que ardía en mi pecho, me confieso su enamorada, su eternal amante

"*Fílida.*"

Era tan contraria esta epístola á la de Rosarito; habia en ella tal bajeza, tal hambre canina de matrimonio, que la risa que no habia podido arrancar

la carta de Rosarito, la arrancó la pesada y erudita epístola de *Fílida*.

Pero la risa que asomó á los labios de la Mariscal y del abate, no era esa risa burlona, ruidosa, franca y natural que se viene á los labios naturalmente siempre que alguna cosa nos parece ridícula, ó bien hiere alegremente cualquiera de nuestras fibras.

Aquella carcajada, era la carcajada seca del sarcasmo, del mas amargo desprecio, de la mas insultante compasion.

—Prima! exclamó severamente la Mariscal frunciendo las cejas; esto es mas grave de lo que parece, y solo tu ignorancia puede disculpar esa algazara y esa alegría tan impropias en el caso presente.

¿Qué habrá ido pensando ese caballero, que aunque no es uno de los que inventaron la pólvora, es al fin un oficial del ejército? Que en Candás, todas son Rosaritos y *Fílicas*, que aquí no existe el pudor, ni una sombra siquiera de decoro, y ¡vive Dios prima! que aun existo yo para poner coto á semejantes demasías!

Hoy mismo saldrá para Oviedo uno de mis criados con una carta mia para ese caballero quejándose de su impolítica despedida, y esplicándole que ni en Candás ni en cien leguas á la redonda existe una sola mujer comparada á las dos desdichadas que ha conocido, y que son la verdadera deshonra de su sexo.

—¡Y cómo que tienes razon, Escolástica! dijo lentamente la de Peran.... ¡es mucha cabeza la mia, que siempre necesito que alguno diga las cosas antes para caer en ellas! pues si está tan claro como la luz del dia! Tonta de mí que lo echaba en risa de tan buena fé! ¿Qué habrá ido diciendo ese caballero que aunque no es de los que inventaron la pólvora es al fin un oficial del ejército? ¿No es así prima?

La Mariscal se sonrió.

—Rodrigo! dijo á su sobrino que no se cansaba de leer las cartas; es preciso dar á esas desdichadas una leccion severa y á tí te toca dirigir esa trama.

—Bravo! bravo! exclamó Rodrigo, hable V. S. y será obedecida en todo.

—Pues bien, nada mas que una serenata burlesca.... pero á primer hora de la noche para que no puedan venir á la velada.

—Bien! muy bien!

—Es que no sirve que vayas tú solo, eso seria honrarlas en vez de avergonzarlas... Es preciso que tú no suenes para nada, pero quiero que no falte vicho viviente de los que concurren á la velada.

—Eso! gritaba la Mayorazga, todo vicho viviente, y yo tambien rebozada en el manto.

—Prima! exclamó la señora Mariscal; habeis perdido el juicio? ¡La Mayorazga de Peran, arrastrando el escudo por esas calles de Dios sucias y desempedradas, como una pobre gaviota!

—Si te digo que no estoy yo cabal! ¡Ay Dios mio! y qué diria mi padre si resucitase ahora? Prima! Tenlo por no dicho, que aquí me quedo acurucada en mi escabelillo.